

Zeitschrift: Textiles suizos [Edición español]
Herausgeber: Oficina Suiza de Expansión Comercial
Band: - (1954)
Heft: 4

Nachruf: Jacques Fath
Autor: Gaumont-Lanvin, J.

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften auf E-Periodica. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen sowie auf Social Media-Kanälen oder Webseiten ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. [Mehr erfahren](#)

Conditions d'utilisation

L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. La reproduction d'images dans des publications imprimées ou en ligne ainsi que sur des canaux de médias sociaux ou des sites web n'est autorisée qu'avec l'accord préalable des détenteurs des droits. [En savoir plus](#)

Terms of use

The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. Publishing images in print and online publications, as well as on social media channels or websites, is only permitted with the prior consent of the rights holders. [Find out more](#)

Download PDF: 16.02.2026

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, <https://www.e-periodica.ch>



Jacques Fath

En la noche del treinta y uno de diciembre de 1940, cierto número de parisienses estaban convocados por un amigo común para terminar juntos aquel año tan funesto. Había una larga mesa, adornada con flores y cargada de manjares aperitivos — apenas si habían empezado las privaciones —, con la suficiente bebida para procurar olvidar el presente y creer en lo porvenir. En torno a la mesa, unos quince franceses que vivían de esperanza. Faltaban aún dos convocados que, por fin, vimos llegar desde el fondo de la sala. Formaban una pareja de sorprendente apariencia, ambos delgados, esbeltos. Tenían ambos el mismo resplandor en los cabellos, la misma luz en sus ojos, y la misma sonrisa nacarada. Al apercibirlos, no se podía por menos de pensar en dos dioses griegos. Él, era un modisto muy joven y aún desconocido la vispera, Jacques Fath; ella, su esposa Genoveva. Modestamente sentados al extremo de la mesa, pronto fueron el polo de atracción de la velada, por su belleza, su vivacidad, su gentileza. Aquella noche comprendimos que si volvía a haber auroras con dedos rosados, aquellos dos llegarían a conocerlas.

Luego vinieron los tiempos turbios de la ocupación. París quería seguir viviendo y las francesas, a pesar de las restricciones y hasta de las amenazas, cuidaban con deleite su apariencia para burlarse de aquellos hombres en uniformes grises. Sobre altas suelas de corcho, cual coturnos, vestidas de telas hechas con sucedáneos, ensombreretadas excéntricamente, iban y venían, correteando por París, yendo en bicicleta o procurando tomar el último metro antes del toque de queda, verdadero salón de

la elegancia. Pues era en esos vagones donde se podía admirar a las elegantes, como antes se hizo en Cannes, en Deauville o en Longchamp. Y, cuando por ventura, una joven artista, más conocida por su belleza que por su talento incipiente, se hacía notar por el corte de su abrigo o la desenvoltura de su falda escocesa amplia, se murmuraba el nombre de su modisto: Jacques Fath.

Pues se iba saltando las etapas. Ya se había mudado de la Rue La Boëtie para ir a instalarse más cerca de los Campos Elíseos, y las mujeres de la alta sociedad se apresuraban para asistir a sus recepciones y ya, las periodistas sabían que en él encontraban un amigo siempre dispuesto a facilitarlas el texto de un artículo divertido y a lanzar una nueva broma. Lucien Lelong que administraba los intereses de la Costura con inteligencia, firmeza y con el mismo gusto que le impulsara a elegir como modelistas a Dior y a Balmain, Lucien Lelong que se preocupaba de la releva de los talentos más antiguos por otros, jóvenes, había facilitado la ascensión de Jacques Fath al facilitarle una cuota de puntos textiles suficiente que permitiese al nuevo modista mantener su producción. Gracias a él, Jacques pudo trabajar y adquirir fama. Y las mujeres no se equivocaron; por instinto adoptaron al que sabía ponerlas de realce con tanta perfección. Por su estilo joven y atrevido, Fath, en cuatro años llegó a ser el modista del encanto juvenil. Cuando fué liberado París, su nombre era pronunciado por todos los labios, pero todavía era desconocido en el extranjero.

Su primer contacto con los amigos de Francia tuvo lugar

hacia fines de junio de 1945 en Zurich y bajo los auspicios de la Oficina Suiza de Expansión Comercial, precisamente de quien publica esta Revista. Eramos una docena los que, una tarde, íbamos a tomar el tren en la estación de Lyon para acudir a la reunión de Zurich. Jacques Fath, al no poder desplazarse, delegó a su joven esposa y a sus maniquíes. Acompañó a Genoveva hasta el andén de la estación y me pidió que me ocupase de ella durante el viaje. Al día siguiente tuvo lugar aquella inolvidable velada en el Kongress Haus. — Por primera vez al cabo de cinco años de interrupción, los vestidos de París fueron presentados sobre un escenario y ante todo el mundo. Al lado de nombres acreditados por veinte años de éxito, el de Jacques Fath se enfrentaba con las luces del proscenio. Fué un verdadero triunfo. Sus vestidos de soaré, tan suntuosos sobre el escenario como antaño los de Poiret, hicieron que la sala retumbara de aplausos. Al día siguiente no se hablaba más que de él.

Dos meses después, estaba yo en Río de Janeiro con la partida de maniquíes que representaban a Francia. Al tener que elegir el vestido que terminaría el desfile, el ramillete final de aquel fuego de artificio, nos pusimos de acuerdo sobre el de Jacques, desmesuradamente inflado por una cascada de enaguas de tul. Todavía oigo las aclamaciones que estallaban en la sala dorada del Casino de Copacabana cada vez que se anunciable: «Este vestido de Jacques Fath lleva once enaguas superpuestas; para terminarle fué necesario emplear ciento veinte metros de tela».

Ya se conoce la continuación. Con éxito creciente, Fath se fué izando hasta la cima de la Costura; sus viajes, sus recepciones, su «château», sus incesantes ballazgos, su acuerdo con un gran fabricante de ropa confeccionada americano, la creación de sombreros, de perfumes, de medias y de otros cien accesorios a cual más encantadores y, muy recientemente, su alianza con Jean Prouvost, el hombre de la lana, de los Korrigans, y también de «París-Match» y de «Marie-Claire». Conocida es también el trágico fin de este último que, mejor que nadie, supo encarnar la alegría de vivir.

Esa alegría de vivir, del esfuerzo y del trabajo, fué la característica de su personalidad. Cuando preparaba sus colecciones, Jacques Fath se desataba. En su estudio, rodeado de sus colaboradores, vigilado como un niño por la fiel Mademoiselle Renoux (y que me dispense si me equivoco al ortografiar su nombre), creaba sin descanso. Una idea le traía otras diez. Poseía a la perfección la técnica de su oficio, tan hábil para conjugar el anverso y reverso de las telas como los matices de color. Quería

que sus maniquíes fueran muy delgadas y los envolvía, como momias con sus tiras de tela, con los más preciosos tejidos, hasta lograr que sus andares fuesen como una reptación de pies. El día de la presentación a los compradores, sus «chicas» componían un ballet maravillosamente combinado y «vivían» sus vestidos y los adoraban. Supo insuflarles ese amor de lo que estaban encargadas de poner de relieve y darles ese estilo tan personal que, de un maniquí de Fath, hacía una criatura especial. Iba revelándonos esas mujeres jóvenes; después de haber impuesto a Luisa, descubrió a Bettina, luego a Sofía, y Dudú, y Simona, y Patricia... Después de la presentación, celebrada una recepción de gala y era el primero en abrir el baile con Genoveva, y el último que hacia la demostración de una zamba o de un vals; bailaba con la misma gracia que esquiaba, que componía un vestido o que hablaba con los periodistas, o que, en sus salones, se ponía de rodillas ante las princesas, las artistas o las maharanies. A su lado, Genoveva sonriente y bella, daba la última pincelada al cuadro con su belleza y la del hijo que le había dado, Felipe.

Mas ahora, se nos fué Jacques Fath. Una mañana de noviembre, el Todo París vino a acompañarle a su última morada. La iglesia de Saint Pierre de Chaillot, llena hasta estallar, desbordaba sobre la acera. Montones de flores cubrían los coches; la radio, el cine y la televisión retenían para los ausentes las exequias sobre la cera y la película. Ciento que concurrían muchos curiosos, pero también muchos parisienses que sentían con dolor la pérdida que acababan de experimentar. Pero, según mi parecer, el duelo verdadero no estaba allí. Al salir de la iglesia, quise pasar por delante de la casa que fué su razón de ser. Todo estaba cerrado, las cortinas echadas, las contraventanas aplicadas contra las vidrieras. Todo era blanco, muros, cortinas, persianas. Hubiérase dicho que — sin pretenderlo — se trataba de la decoración funeraria de un ser muy joven, en una sinfonía de blanco. Y comprendí que, aquella mañana, no se enterraba a un hombre de cuarenta y dos años, sino a un ser en la plena juventud y que la edad no le había marcado más de lo que marcara a Dorian Gray, y lo ocurrido se me aparecía como una terrible injusticia...

Sin embargo, las cortinas volvieron a ser descorridas; como él lo deseó, la casa Jacques Fath que él amó tanto, continuará abierta. Su esposa Genoveva proseguirá una tradición gloriosa y, con el mayor respeto, se lo agrademos profundamente.

J. Gaumont-Lanvin.

El fallecimiento de Jacques Fath ha impresionado dolorosamente a todos los centros suizos relacionados con los textiles. Con la seguridad de gusto que le caracterizaba, este creador supo apreciar sinceramente las sedas de Zurich así como los bordados y los algodones finos de San-Gall y los utilizaba con mayor o menor amplitud en todas sus colecciones. Tenemos pues la certidumbre de interpretar aquí los sentimientos de los fabricantes y exportadores suizos al solidarizarnos con el duelo producido por la desaparición de tan excelsa modista; las flores con las que la revista «Textiles Suisses» se hizo representar en las honras fúnebres tan sólo pudieron testimoniar modestamente de nuestro agradecimiento por la difusión que el fallecido dió a los textiles suizos al asociarlos a su nombre.

(La Redacción.)